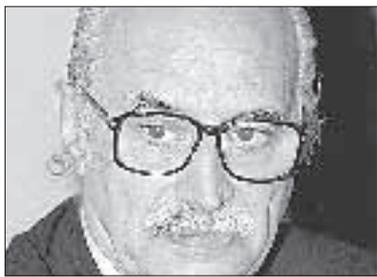


MI DOMICILIO INTELECTUAL

El nobel de Literatura de este año, el surafricano Coetzee, ha emitido dos juicios sobre sí mismo que, pese a su clara y distinta formulación, no están exentos de la incoherencia que oscurece y confunde



no implicaba rechazo del suelo natal. Con mayor congruencia, el doble sentimiento del emigrante o exiliado armoniza la noble lealtad al país de acogida y la nostalgia o morriña de sus lares patrios.

con frecuencia la conciencia de los grandes escritores. Esta incoherencia suele derivar de la propia genialidad artística. «Soy un producto de la expansión europea desde 1600 a nuestros días porque mi domicilio intelectual es evidentemente europeo, no africano». Pero lo evidente aquí es la contradicción entre los sentimientos primarios del escritor y su libertad de espíritu, entre su inconsciente y su razón. Tal contradicción despierta precisamente mi interés por su obra literaria.

El análisis completo de esta compleja frase llevaría demasiado lejos de mi objetivo. Pues sólo trato de acercar esa extravagancia a la experiencia de muchos españoles durante el régimen franquista y de los que continúan sintiéndose extraños o exiliados, como yo, en su propia patria. Como no tengo vocación para la literatura de ficción, y sí para la del pensamiento sobre el sentido de la vida y de la política, he podido darme el placer moral de resolver este tipo de contradicciones vitales, sin necesidad de reprimir mis sentimientos instintivos. Cosa que ni un genio excepcional podría permitirse sin merma de su inspiración artística.

Aunque sean verdaderas las dos oraciones de la frase de Coetzee, su unión por la partícula «porque» produce un juicio falso. La verdad está en lo contrario de lo que dice. El escritor surafricano no es un producto europeo «porque» su domicilio intelectual esté en Europa, sino que ha fijado aquí su residencia mental porque él es un producto intelectual europeo. Sus dos errores surgen de la reconfortante creencia de no haber sido racista desde siempre en su nación racista, y de seguir siendo antirracista para siempre en un contexto cultural antirracista.

La intención de separarse del racismo constituyente de su patria nativa, cosa que le honra moralmente, le hace caer en el desliz histórico de arrancar su ascendencia cultural europea solamente desde 1600, como si los primeros colonos «afrikaner» no hubieran sido fruto de la expansión colonial europea. Y además, comete la imprudencia de olvidar que, al decir «hasta nuestros días», se está considerando «resultado» del más espantoso de los racismos nacionalistas europeos, lo que le deshonra intelectualmente. Ignoro la biografía de este hombre interesante. En ella se encontrará, sin duda, la explicación concreta de sus incoherencias.

En ningún momento he simpatizado con la impiedad profunda hacia el pasado de los que dicen sentirse extranjeros en su propia nación, tan distinta de la compasión por su país de los que se saben extraños al miserable consenso que se adueña de su patria. El cosmopolita del XVIII y el ciudadano del mundo del XX encarnaban un deseo de extraterritorialidad cultural sin instinto, que

No creo en la sinceridad de los que dicen sentirse extranjeros en su patria. Todos hemos tenido una infancia que ha recibido idioma y letras, paisajes y compañeros que, con amor o desafecto, distinción o vulgaridad, son inagotables fuentes de la imaginación adulta, no porque hayan sido las mejores sino por ser irrepetibles. Esa simpatía natural no se puede encontrar luego ni en el más afín de los domicilios intelectuales. Una expresión metafórica que elude la residencia de la vida. Pero ser extraño en su pueblo es la condición natural de los que, pensando por sí mismos y no separando conducta y pensamiento, se encuentran inmersos en la falsedad de algún consenso político. Esa sinrazón de la locura normal que brota de los miedos imaginarios y la demagogia sin memoria del oportunismo.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

VENGANZA CATALANA

Maragall será el presidente de la Generalitat pero Zapatero pierde con ello casi la totalidad de las pocas opciones que tenía de lograr La Moncloa. Cataluña le manda no uno, sino dos mortíferos torpedos a la línea de flotación que muy bien pueden acabar por hundirlo y hasta que, por ejemplo, se lo lleve el Tajo. Un PSOE prisionero del independentismo de Carod-Rovira ya es buen lastre, pero si encima se ha logrado cabrear hasta los tuétanos a CiU, cuyos votos en el Congreso de los Diputados resultarían en cualquier caso imprescindibles para cualquier opción de gobierno nacional, más nublado ya no puede estar el panorama. Y además con el pedrisco de las encuestas rebotándoles en las costillas y advirtiéndoles que el rival se escapa ca-

da vez más cuando ya la meta está a sólo tres meses vista.

Pero lo peor es lo de CiU. El enfado es soberano. Y además acusan a los socialistas de andarles trampeando, de tener pactada la cosa desde hace semanas y hacerles ponerse en ridículo con ERC. Artur Mas se podía haber evitado fotos con Ibarretxe y Pujol andando de jabanero. Están que trinan. Claman por la venganza. Una venganza catalana, que es de las peores. Piqué, el ninguneado, sonríe en la distancia.

Antonio PÉREZ HENARES



MÁRTIRES Y SANTOS

Los que aman y practican la mentira suelen llamar a Dios en su ayuda. «¡Bien sabe Dios que...!» y mentir al canto. Reforzada por la autoridad divina. Pero Dios, sin el concurso de alguna Iglesia im-



portante, no tendría poder entre los hombres y mujeres de este mundo cruel. Tendría autoridad, mas no poder, lo que crea un sentimiento tal de frustración que puede hacer llorar a las piedras. Decía Schubarbart que antes de Dios todos los tiempos son iguales. ¿Antes de que Dios tuviese el poder de una hija dilectísima que lo ejecutase? Nos informan los medios de que el arzobispo de Toledo —no el arcipreste de Talavera— ha decidido que hay muchos mártires de la fe en su provincia y que todos deben ser canonizados. Alrededor de diez mil, católicos exclusivamente. Ya se sabe que la fe, cualquiera sea su dimensión, es patrimonio de cada iglesia, administrado por los funcionarios de la misma. Y no se puede permitir que, hasta la fecha, sólo hayan sido canonizados quinientos treinta y siete mártires toledanos. A por los diez mil. El celo del primado

Cañizares y el tesón del postulador Jorge López avalan la conquista de ese objetivo. En realidad, no es difícil. Los canonizables del común necesitan realizar algún milagro para ser alzados a los altares.

Ello plantea problemas descomunales. Como decía Terencio, «la complacencia hace amigos y la verdad engendra odio». Mentiras complacientes crean milagros por doquiera. No es el caso de los mártires. Basta con que se demuestre que fueron asesinados por «odio a la fe». ¡Basta con demostrar cosa tan fácil! ¿Quién tiene a mano el conocimiento de la intención del matador? ¿Podría haber tenido más fe que su víctima? ¿Sería indiferente en cuestiones de fe? ¿Cómo odiar aquello que no se valora? El postulador tiene que realizar un auténtico proceso de intenciones en dos sentidos. La intención del que mató y la actitud de morir por la fe del que fue matado. Claro que lo hará con la ayuda del Paráclito y eso cuenta mucho.

El pasado día 9, el arzobispo toledano dijo que la canonización colectiva de los presuntos mártires comenzará con una sola «tacada» de ochocientos. El prócer primado asegura que el bando republicano (¿era lo otro una banda?) perpetró una «persecución religiosa» por odio a la fe. La cuestión es muy sencilla. La República, contra la que se alzaron generales y obispos traidores y perjuros, profesaba un odio tan intenso y homicida contra los católicos (muchos de ellos republicanos) que mató por odio a los que pudo.

Todos los muertos —se alzasen o no en armas contra el Gobierno legítimo— fueron mártires. Murieron por el ciego y brutal odio que sentían por su fe los matadores, que defendían la República agredida y odiada por quienes consideraban —los obispos a la cabeza— que era un régimen anticristiano y revulsivo. Todo perfecto. Como decía el abad Joaquín de Fiore, «¿cómo pueden agraviarse (los muertos por odio a su fe) porque su propia perfección particular falte en sí misma, cuando le sucede una perfección universal?»

Además, así se contribuye poderosamente a la comprensión, la tolerancia y el amor entre religiosos y ateos, cristianos y agnósticos, rojos y nacionales. Ya lo dijo astutamente Pablo de Tarso: «Si hay un sabio entre vosotros, que se haga ignorante para que pueda ser sabio». Ignorantes, sabios y mártires. Así, con Aznar, Rajoy y Mayor a la cabeza, hacia otra guerra civil. ¿Acaso no es fuente inagotable de mártires y, por tanto, de santos que salmodian su paz eterna por los campos del Edén celtibérico?

Dijo Kant que, en el reino de los fines, todo tiene un precio o una dignidad. Lo que tiene un precio puede ser reemplazado por otra cosa equivalente. Pero lo que es superior a todo precio, «lo que en consecuencia no admite equivalente, eso es lo que tiene dignidad».

Joaquín NAVARRO

REBOREDO Y SAÑUDO

